

3957 HNO. LUIS HURTADO
ABRIÉNDONOS CAMINO AL TRONO
DOMINGO 14 DE JUNIO, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10
www.vidacristiana.org.gt/info@vidacristiana.org.gt

DOMINGO 14 DE JUNIO, 2026
ABRIÉNDONOS CAMINO AL TRONO
HNO. LUIS HURTADO

Gracias, Señor. Bueno, Luis Hurtado, les acompaña. Un gusto estar con ustedes y vamos a comenzar la prédica. Bueno, la prédica hoy se llama «Abriéndonos camino hacia el trono». Eh, cuando usted se convirtió al Señor pasó algo maravilloso: que usted fue trasladado de las tinieblas a la luz, como dice la Palabra; fuimos trasladados del reino de las tinieblas al reino de su luz admirable, y en ese momento, lo supiéramos o no, nos pusieron en un camino. Es un camino, una jornada, es una trayectoria que va a tomar el resto de nuestras vidas. Y esa trayectoria, pues, tiene un final, tiene un objetivo que es el trono: llegar al trono con el Señor.

Eh, yo creo que es buen momento también para que... a mí me gusta hacerlo periódicamente, nos hagamos preguntas. Me gusta mucho cuestionarme, me gusta cuestionar mi entorno; y cuando estoy en el caminar cristiano, pues me gusta hacerme las siguientes preguntas: ¿Sé a dónde voy? ¿Estoy caminando hacia donde creo que quiero ir? Y esas preguntas me ayudan a enfocarme. ¿Y si lo estoy haciendo bien? Pues, a mejorar o ver qué puedo hacer y alabar al Señor cuando lo estoy haciendo bien; y cuando no, puedo decir: «Señor, entonces ayúdame con estas áreas». Pero usted se puede hacer esas mismas preguntas: ¿Sé a dónde voy? ¿Sé lo que quiero?

Aquí se nos ha enseñado bien. Pero, ¿conoce usted cuál es el final, el propósito de que el Señor vino a nuestro corazón? Hay un final, hay un propósito, hay una meta. Y yo lo llegué a entender hasta que vine a esta iglesia; pero pasé muchos años siendo cristiano y no sabía cuál era la iglesia... cuál era la razón... perdón, ¿cuál era el propósito? Entonces, es bueno hacernos esas preguntas y decir: «Señor, yo sé a dónde voy, sé... conozco en la Palabra que estamos llamados a ser a tu imagen y semejanza». Entonces, que el propósito mayor de mi vida es que todos los días yo pase haciendo elecciones para que yo pueda llegar a ser igual que tú. Esa es nuestra meta; y nuestra meta después es servirlo por toda la eternidad en la nueva ciudad, tener su nombre escrito en la frente, escrito en el brazo, porque ese nombre va a indicar que yo logré formar su naturaleza.

Pues nos sirve hacernos esas preguntas, porque si yo digo: «sí, yo sé, yo ya sé esa meta», entonces ya pasamos a preguntas más específicas: ¿estoy haciendo lo que tengo que hacer, entonces, para llegar ahí? Ya sé que tengo que llegar a la nueva ciudad, ya sé que tengo que ser a la imagen del Cordero; pero entonces, ¿estoy haciendo las entregas? ¿Estoy orando como tengo que orar? ¿Estoy buscando la Palabra como la tengo que buscar? ¿Estoy perdonando como tendría que estar perdonando? Ya empezamos con preguntas más definidas. Y si esas preguntas, pues, dan negativo o positivo, pues ya pasaríamos a otras. Pero miren, este ejercicio lo hacen las empresas, lo hacen los coaches, lo hacen... al final es redireccionar y revisar objetivos periódicamente y decir: «bueno, sí estoy caminando donde tengo que caminar». Y nos ayuda a que hoy podemos hacernos esas preguntas. Pero, ¿qué tal llegar al trono blanco y decir: «oré como tenía que haber orado, hice lo que tenía que haber

hecho, las elecciones que tenía que haber escogido»? Ahí ya no podríamos darle la vuelta a la página. Ahí simplemente ya es el veredicto del trono. Pero si usted está hoy, este domingo, ¿verdad?, en un lugar donde no hay persecución, donde no nos están matando por tener una Biblia, por hablar del Señor, entonces dele gracias a Dios porque hoy tiene libertad. Gracias, Jesús. Así que, después de hacernos esas pequeñas preguntas, ¿podemos empezar?

Y bueno, vamos a hacer aquí unos dibujitos. Fíjense que estuve... no sé por qué ahí, pero estuve leyendo de Okinawa, unas islas japonesas, y ahí es el... en su momento, creo que todavía, pero en su momento tuvieron la población más grande de personas arriba de los cien años y personas con mucha vida. Entonces, todos los equipos de investigación antropológica iban a ver qué pasaba ahí, y pues hay muchos factores, ¿verdad? La dieta, pues, la comunidad, etcétera. Pero había algo bien impresionante, y es que toda la gente... bueno, era un sentido comunitario y era algo cultural. Cada lugar específico tiene una cultura, cuestiones generales que no es que se cuestionen, simplemente son un sistema en el cual vivimos inmersos. Pero en Okinawa la gente tiene algo muy claro: que tienen objetivos y propósitos en su vida. Y bueno, eso contribuía mucho. Hay muchos estudios de cómo contribuye a la salud mental el propósito, cómo extiende la vida; pero bueno, nosotros tenemos un propósito más grande que cualquier ser humano que tenga algo terrenal: nosotros tenemos un propósito que vino de lo eterno, y nuestro propósito es llegar al trono.

Pero para que yo llegue al trono, yo tengo que abrir un camino. Hay una tarea que se me encomendó. El Señor trazó el camino con su sangre, pero aquí adentro tenemos enemigos y tenemos obstáculos que van a ir apareciendo en nuestra jornada. A veces van a aparecer como formas sutiles de distracciones, algo que parece inofensivo, que parece sencillo, pero cuando siento, empieza a desviar mi caminar. A veces van a ser obstáculos claros y definidos, algo que me está impidiendo caminar. Yo lo puedo ver a todo color, pues va a aparecer de mil maneras. Sea como sea, ¿usted recuerda el momento cuando fue salvo, y ese momento cuando nos enamoramos del Señor, y en ese momento dijimos: «lo que sea por ti»?

A mí me gusta recordar ese momento, porque no importa lo que yo esté sintiendo ahorita, cuando yo llego a ese momento digo: «Señor, lo que viví ahí fue real, lo que experimenté ahí nadie me lo puede robar». Y aunque... y aunque en este momento, quizá no una tribulación, mis sentimientos me jueguen... me quieran jugar otra pasada o quieran desviarme, o aparezcan los obstáculos que... que parecen... al final son como espejismos en el desierto: parece impresionante, lindo, maravilloso, pero cuando los atravesamos, no hay más, ¿verdad? No importa lo que estemos viviendo, tenemos un objetivo. Cuando yo tengo la meta puesta en algo, entonces es como que si un engranaje invisible empieza a caminar y las cosas se van alineando; y, como le digo, lo veo en el tema empresarial, lo veo en las personas. Cuando alguien se determina algo, sabe lo que quiere, es como que si las cosas empezaran a suceder. Claro, si alcanzamos algo que no es la voluntad del Señor y que pues es terrenal, no nos... no nos añade en la eternidad, pues al final fue pérdida. Pero el principio está ahí: cuando yo sé lo que quiero, cuando yo tengo definida mi voluntad, las cosas empiezan a suceder. Entonces hoy nos preguntamos: «Señor, ¿yo de verdad quiero llegar a ese trono?».

Cada quien se debe hacer esa pregunta. Vamos a empezar a dibujar aquí. Solo antes, vamos a compartir, y ustedes me dicen... ¿ya se ve? ¿Se ve? Sí, se ve.

Bueno, eh, hay un trono humano. Hay tronos terrenales. Entonces vamos a dibujar aquí... ustedes van a perdonar mi letra, eh. Tenemos tronos humanos. La tecnología nos ayuda. Tenemos tronos humanos. Cuando yo tengo un trono humano, yo estoy en una posición de poder arriba de otras personas; una posición privilegiada. Puede ser económicamente, puede ser en estudios, puede ser una posición social, etcétera, etcétera. Pero cuando yo estoy en un trono humano, el impulso de la naturaleza humana es truncarle el acceso a los demás, que nadie llegue ahí. Y eso automáticamente a mí me genera un sentimiento de incertidumbre, de temor, porque si yo tengo un trono que es terrenal, quiere decir que ese trono se mueve. Ahí cantamos que hay un trono inamovible, pero todos los tronos humanos se mueven, se caen, nos quitan la silla, por así decirlo, nos quieren mover la silla.

Entonces, a esto le vamos a hacer unas olas así. Yo tengo una posición en una empresa, yo tengo temor de que me van a poner una zancadilla, de que alguien va a querer llegar a ese lugar; y si yo tengo una posición económica, pues tengo miedo de que alguien me lo quite, de que mi idea de negocio nadie se la robe, y etcétera, etcétera. Usted póngale nombre y apellido, pero esto aplica para todos. Cuando yo estoy en una posición arriba, yo quiero evitar que los demás suban a ese mismo nivel que yo estoy. A veces, si mucho, se comparte esto con la familia, amigos, pero de ahí con nadie. Ahora, esta es la naturaleza humana, entonces no... no me vea con esos ojos, porque esto es lo que heredamos nosotros. Cuando yo estoy en un trono, quiero que nadie me lo quite, quiero estar ahí, quiero estar firme, seguro. En un tiempo me gustaba leer mucha historia y leía bastante de los... de los imperios romanos; y miren, cada emperador tenía un temor a que le quitaran el trono, y muchas veces los emperadores caían por traiciones de gente allegada. Entonces, esto se ha repetido por siglos y siglos, y se va a repetir hasta que la naturaleza humana sea erradicada. Eso va a seguir siempre. Pero, ¿no sé si lo pueden ver ustedes? Cuando yo tengo información privilegiada o todo lo que hemos hablado... privilegiado, quiero que esto se quede conmigo y brota nuestro egoísmo, etcétera, etcétera. Bueno, eso es el ser humano. Vamos a borrar acá.

Ahora vamos a dibujar el trono del Señor. Entonces aquí tenemos un trono eterno, ¿ok? Entonces tenemos aquí sentado al Señor Jesús y nosotros estamos aquí. Ahora, ¿cuál cree que es el impulso del Señor Jesús? El Señor Jesús quiere que usted llegue a ese trono; es su deseo, su anhelo. ¿Alguna vez ha escuchado el deseo de su esposa, de su esposo, de sus hijos? «Papi, quiero esto», «Mami, quiero esto»... ¿Ha escuchado esos deseos? Nuestro impulso es, si podemos, complacerlos, es un deseo. Pero, ¿usted le ha preguntado al Señor Jesús: «Señor Jesús, ¿qué quieres tú para mí? ¿Qué quieres?»? And si usted escucha la voz del Señor Jesús que le dice: «Sube, quiero que subas, que vengas acá». El deseo del Señor Jesús es que usted suba.

Y les voy a contar una experiencia que yo tuve hace unos cinco o seis años, no recuerdo exactamente, pero estaba por aquí en la alabanza y la alabanza iba a terminar. Al final, pues hay una canción que es más tranquila y yo no la estaba escuchando mucho porque estaba

metido en lo que el Señor me estaba mostrando, pero recuerdo lo lejos que estaban hablando del trono y que salía un río y yo pude ver... estaba orando a la derecha, como que iba a aparecer en mi cuarto, y yo vi al Señor Jesús llorando, pero llorando, intercediendo. Y recuerdo que en ese momento yo entendí en mi espíritu que el Señor Jesús estaba llorando por mí. Y yo dije: «¿Jesús llorando por mí? Pero, ¿por qué por mí? ¿Jesús llorando por mí?»; y entendí: «Jesús está intercediendo para que tú llegues al trono, a la meta». Bueno, estaba la alabanza, sube el pastor, agarra el micrófono y dice: «Les tengo que contar algo porque en esta canción está el momento indicado y si no, pues ya no lo voy a lograr explicar como quisiera, pero lo... el río que sale del trono, pues es esto [dio la segunda explicación, pero la tercera dijo] son las lágrimas de Jesús intercediendo por usted para que llegue a la meta». Y bueno, gracias, Señor, yo tenía un minuto de haber visto eso y el Señor me confirmó que Él llora y clama por nosotros.

Ahora, no sé si dimensionan cómo es ver a alguien llorar profundamente, pero dimensionar al Creador de todo intercediendo... pero, pero mire, póngale nombre, póngale apellido, póngale su foto intercediendo por usted. Jesús clama, llora, intercede para que usted llegue. Ahora, nuestra naturaleza vieja, ¿verdad? ¿Alguna de ustedes se ha dicho...? Yo lo hice hace muchos años y ahora, aunque quisiera, ya no lo puedo hacer, pero ¿alguna vez ha dicho: «¿El Señor se olvidó de mí?»? Mire, es que eso a mí ya no me... es como decir que el sol es cuadrado, de verdad, ya no, pero ha sido el trabajo de la palabra en uno, no es mérito de uno, pero ¿no sé si alguna vez usted lo ha pensado? Pues bueno, empiece a meditar en estos principios: el Creador de todo, olvidándose de algo; el que lo llena todo, es imposible, pues. El Señor está intercediendo por usted, está clamando, está llorando y no podemos... nuestra mente, mire, así se lo digo, nuestra mente no lo puede dimensionar. Podemos ver algunos matices, algunas partes de esa verdad, pero hasta que tengamos nuestro cuerpo resucitado vamos a dimensionar que Jesús murió en una cruz, que Jesús lo rindió todo, pero que Jesús, aún ya resucitado, su trabajo no ha terminado con usted y sigue intercediendo para que usted sea a su imagen y semejanza. Gracias, Señor.

Bueno, vamos ahora... eh, vamos a ver por dónde empezamos, porque hay mucho que podemos tocar hoy. Vamos a Segunda de Samuel siete. Segunda de Samuel siete y vamos a leer el versículo veintitrés al veinticinco. Bueno, aquí el... el reinado de David fue confirmado. Y el profeta Natán... no sé si es Natán, ¿verdad?, el profeta... sí, el profeta Natán le habla, le confirma la palabra. Pero David, en su gratitud, hace una oración inmensa. Veintitrés: «¿And quién como tu pueblo, como Israel, nación singular en la tierra? Porque fue Dios para rescatarlo por pueblo suyo, y para ponerle nombre, y para hacer grandezas a su favor y obras terribles a tu tierra, por amor de tu pueblo que rescataste para ti, de Egipto, de las naciones y de sus dioses. Porque tú estableciste a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, Jehová, fuiste a ellos por Dios. Ahora, pues, Jehová Dios, confirma para siempre la palabra que has hablado sobre tu siervo y sobre su casa, y haz conforme a lo que has dicho».

Ahora, esta palabra puede ser para nosotros también. Pero entonces tenemos el versículo veintitrés. El mapa... dice que aquí hay un mapa. En la Biblia hay muchos mapas y vamos a

encontrar por todos lados que Dios nos está mostrando el camino por donde tenemos que ir. Entonces aquí nos está diciendo que Dios nos rescató primero, dice, de Egipto; luego nos rescató de las naciones y, por último, dice que nos rescató de dioses, con «d» minúscula. Bueno, entonces aquí hay un mapa del Lugar Santo y Lugar Santísimo. Tenemos que... primero, Dios nos rescató del mundo. Okay.

Bueno, vamos a poner base en lo que vamos a hablar. Dios nos rescató del mundo y aquí nos hizo una primera circuncisión cuando nos aleja del mundo. Ahora, nosotros aquí dijimos: «Sí, Señor, yo te quiero en mi corazón». Y entonces el Señor nos llevó en alas de águilas y nos puso lejos del mundo. Cuando uno empieza a caminar en el cristianismo, uno voltea a ver atrás una o dos semanas y uno siente que está, pero a kilómetros del lugar que estaba hace dos semanas; las cosas ya no tienen sentido. Uno dice: «¿en qué momento yo hacía esto?». Ya no tiene sentido para mí. Y bueno, es como el Señor, nos lleva en alas de águilas; pero ahí nos sacó de Egipto. Ahí todo es lindo, porque a pesar de que estábamos en el atrio, caía maná del Lugar Santísimo. Tuvimos una probada de la gloria y el poder de Dios, entonces las cosas vienen por gracia. Y vemos que las cosas nos salen bien, que las oraciones son contestadas en segundos, que la gente nota que llevamos la presencia... todo eso es un don, eso es un regalo, eso no estamos haciendo nada para trabajar ahí, el Señor nos está dando una probada de lo que nos espera si queremos seguir caminando con él. Ahora, para ese entonces, habíamos probado el infierno que es el pecado y el mundo; así que, aunque no me dieran de probar, yo ya no quería lo otro, así de simple. Pero encima de eso, el Señor nos dio una probada de lo que es lo celestial.

Pero bueno, ahora pasamos a las naciones. Esas naciones ya están adentro de nuestro corazón y aquí es donde la gente empieza a tropezar, porque todos estos enemigos empiezan a sentirse amenazados, por así decirlo, y empiezan a bloquear nuestro camino al trono. Y aquí el Señor empieza a pedirnos una circuncisión interior, que nos empecemos a separar de lo que hay adentro que aún se conecta con el mundo. Hemos visto ese principio: todo lo que viene de afuera es porque se está conectando con algo aquí adentro. Cuando algo desaparece aquí adentro, miren, afuera va a pasar desapercibido, va a pasar enfrente de nosotros, nosotros ya ni lo vemos, y si lo vemos, ya ni nos interesa. Pero media vez esté aquí adentro, entonces aún tiene un receptor, por así decirlo, si lo quiere ver en algo más visual que le llama la atención, ¿verdad?, le pica ahí las ganitas de ir a ver qué hay allá afuera. Mientras está aquí adentro, todo eso se siente amenazado. Pero esa es la circuncisión interior. Pero por último, llegamos a los dioses, ahora sí con «d» minúscula.

Pero si se crea un dios es porque tiene un trono. Esto está sentado en un lugar cómodo y la... la naturaleza que nosotros estamos sacando, que no queremos que nadie llegue al trono, está viniendo de aquí. Entonces este Dios no quiere que usted suba, porque en el momento que usted suba y lo destrone, le vamos a dar el lugar a que el arca ya pueda entrar y su gobierno se pueda plasmar en nosotros. Ahora, ¿por qué les hice el primer dibujo, el primer diseño? Porque esa actitud, cuando usted siente que no quiere que nadie llegue a donde usted está, es lo que está adentro y se siente amenazada para que no llegue otro rey a sentarse ahí. Entonces hicimos el primer dibujo para que dimensionese ese impulso, esa

fuerza que está saliendo adentro de nosotros, que se siente amenazada de que le van a quitar su lugar cómodo. Por eso hay un hombre fuerte que tenemos que atar. Pero entonces, ahí hay un mapa; y bueno, las naciones es un gran filtro. Era como la universidad, ¿verdad?: el primer año llenísimo y el segundo año... bueno, no el segundo año, el primer parcial. Eh, las naciones es un filtro gigante. Aquí mucha gente empieza a decir: «a mí ya no me gustó este camino porque requiere sacrificio, requiere un precio que pagar».

Mire, todo lo que usted elija va a pagar un precio. Si usted elige seguir al Señor, tiene que pagar un precio; pero si usted elige no seguirlo, va a pagar un precio también. Ahora, ¿qué precio quiere pagar? Porque el precio lo va a pagar. Alguien me dijo una vez... hace años, Dios me dio sabiduría en ese momento, pero me dijo: «mira, pero la vida cristiana es tan sufrida». Y por un ratito dije: «bueno, sí, ¿verdad?», porque yo estaba peleando batallas. Pero en eso le digo: «pero mira, yo miro esos hogares sin el Señor, desintegrados, violentos, con adicciones... o sea, ellos también están sufriendo y están sufriendo de una manera donde no hay esperanza, donde no hay, no hay salvación. Yo estoy sufriendo, pero esto va a pasar. Amén». Entonces dese cuenta, aquí es un filtro gigante. Las naciones son engaños, son tropiezos, son desenfrenos, son pasiones. Ahora, ya llegar al punto de los dioses es alguien que dijo: «Señor, yo sí quiero llegar a tu trono, tengo mi objetivo, mi vista puesta en algo». Y cuando tenemos la vista puesta en algo celestial, algo que está arriba, miren lo que está pasando aquí abajo... ¿qué nos importa? Ahora, no quiere decir que no vamos a sufrir, que no nos va a costar, que no hay momentos donde titubeamos, es totalmente válido; pero eso hace todo el premio aún más valioso. Porque cuando a usted le cuesta algo, dígame si cuando lo logra no es una satisfacción inmensa. Ahora, si nos cuesta llegar a donde el Señor Jesús está, dígame, ¿qué vamos a sentir cuando estemos ahí? Gracias.

Así que vámonos a Apocalipsis tres veintiuno. Cada vez que leo este versículo, miren, se me vienen los gritos de la congregación, como que ya lo tengo en la... en la memoria, en la amígdala. De verdad... Apocalipsis tres veintiuno, así que vamos a seguir impregnando nuestra memoria de lo eterno. Bueno, y vamos a sacar de aquí un principio: «Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono».

Miren, Jesús quiere que usted llegue, por eso está ofreciéndole ahí. Ahora vamos a ver qué significa trono. Miren: ¡trono! Viene de una palabra... la raíz la estuve buscando, pero trono es gobierno, ¿verdad? Pero la raíz del trono es llenar vacíos. ¿Usted alguna vez ha sentido algún vacío, alguna tristeza, alguna soledad? ¿Lo ha sentido? Solo yo no sé si usted lo ha sentido. Mire, cada vez que usted tiene un... tiene usted un vacío, imagínese una invitación que tiene su nombre: le está diciendo que este sentimiento es una invitación para que se acerque al trono. Gracias, Señor. Gracias. Cada vez que viene ese vacío... usted sabe que las emociones son energía. ¿Ha hablado con alguien que está ansioso? ¿Cómo se queda después? Pero hasta el pecho duele, ¿verdad?, cuando las emociones son energía y se transmiten. Pero cada vez que viene una emoción aquí fuerte, solo miren: solo es un engranaje que le está diciendo: «mira, tienes un vacío, es un recordatorio». Y ese vacío solo tiene una forma y un lugar donde llenarlo, y es en el trono. Ah, gracias, Señor.

Así que mientras más vacío usted dice: «me siento tan vacío», dele gracias a Dios, porque es una cuerda que lo está trayendo. Ah, gracias, Señor. Y ya solo le junta al versículo que dice: «Acérquense confiadamente al trono de la gracia». Ahora miren, los ciento cuarenta y cuatro mil no llegaron muchas veces sonriendo ni felices al trono; llegaron destruidos, despedazados, llegaron quebrantados y ahí fueron llenados. Ahora toda la gente corre a un trono, solo que nosotros estamos corriendo al trono eterno. Pero los vacíos son el impulso más grande donde la gente busca los lugares equivocados y donde la gente se engancha con las personas equivocadas. Están corriendo al trono, ¿verdad?, solo que a los dioses con «d» minúscula. Y si hay un trono, pues de vacíos, de... de cuestiones que no están bien moralmente, pero están entrenadas aquí, yo voy a ir corriendo a ese trono. Tenemos el impulso de correr al lugar de donde venimos; ese es nuestro impulso.

Miren un ejemplo bien precioso en la naturaleza, que es con los salmones. Hay unos salmones de Canadá, otros de Estados Unidos, hay unos del Ártico. Ellos nacen en un lugar y luego, cuando crecen, pues se van a otras aguas. Pero cuando es el momento de poner huevos, atraviesan dos mil, tres mil, seis mil kilómetros, dependiendo de la especie de salmón, atravesando un camino inclinado, lleno de depredadores, lleno de obstáculos, porque tienen que volver al lugar donde ellos nacieron. Ahora, nosotros venimos de un lugar eterno y nuestro impulso tiene que ser volver ahí. Cuando un niño tiene miedo, regresa al nido. Cuando un mamífero tiene miedo, regresa al nido. Cuando nosotros tenemos un miedo, es porque nuestra naturaleza está diseñada así para que regresemos a la roca. Y le quiero contar otra experiencia: eso fue en un retiro de jóvenes. Esos retiros cambian vidas, por cierto, y creo que fue el último al que fui. Ya no recuerdo cuántos años tenía, ya no estaba muy joven, pero recuerdo que en ese momento ya era la última noche, si no estoy mal, la última noche.

IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Y recuerdo que se empezó a levantar un cántico nuevo... o al menos esa fue mi impresión. Pero yo empecé a levantar un cántico nuevo, y fluía y fluía y fluía. Y son esos tiempos de amores... no sé si a usted le ha pasado cuando entra en la presencia y uno no quiere salir, pero cuando uno sale es desgarrador, o sea, es de llorar. Yo he hecho berrinches: «Señor, yo no quiero salir de aquí», pero se acaba y bueno, se acabó porque de plano estamos en un cuerpo carnal. Pero en ese momento estaba viviendo esos amores, y recuerdo que solo me pusieron una visión y yo aparecí tocando un arpa, y yo sabía que a la par estaba el trono y empecé a cantar y a tocar, a cantar poemas. Y a mí en su tiempo me encantó mucho escribir poemas, hasta gané concursos y bueno, era bueno para eso. Pero yo me acuerdo que le cantaba a Dios y tocaba y le cantaba, y como que el Espíritu le explica a uno y me dijo: «eso cantabas allá atrás». Cuando el pastor Carlos, otra vez gracias, pastor, agarra el micrófono a los dos o tres minutos y dice: «les voy a explicar qué son los cánticos nuevos, y algo que no tengo muy claro todavía, me encantaría ahondar en ese tema: esos cánticos nuevos eran cantos que usted le cantaba a Dios en la eternidad pasada». Gracias, Señor. Gracias. ¡Ah! Gracias, gracias.

Y miren... porque no pude dar diez pasos seguidos, no lo hice, pero me impresionó tanto. Y hace poco mi hijo me dice... el mayor me dice: «eh, estamos hablando de algo del dos mil

dieciocho», y me dice: «¿ahí no había nacido, no?»; «le dije: ¿y dónde estabas?»; «allá, con papito Dios, me dijo él». «Sí, le dije yo». «Ah, yo ya no recuerdo nada de cuando yo estaba allá, me dijo él». «Pues yo sí tengo un recuerdo, le dije»... y en base a esa experiencia salió esta prédica. Pero es la que le acabo de contar. Eh, bueno, el Señor me llevó atrás. Ahora, no tenemos que esperar recordar para cantar un cántico nuevo; lo podemos hacer desde hoy. Gracias, Señor.

Bueno, vamos ahora... eh, ya vimos tronos, tronos, llenar vacíos. Ahora vamos a Segunda de Samuel seis, y vamos a empezar a ver enemigos y actitudes que tenemos que nos impiden llegar al trono. Y aquí vamos a encontrar una. Segunda de Samuel seis. Vamos a leer del uno al siete. Me costó mucho, pasé mucho tiempo con estas dudas; ahora ya las respondí, pero... un segundo. Bueno, aquí el arca iba de regreso a Jerusalén. Vamos a leer del... del uno al siete. David volvió a reunir a todos los escogidos de Israel, treinta mil; y se levantó David y partió a Baala de Judá con todo el pueblo que tenía consigo, para hacer pasar de allí el arca de Dios, sobre el cual era invocado el nombre de Jehová de los ejércitos, que mora entre los querubines. Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo y la llevaron de la casa de Abinadab, que estaba en el collado; y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. Y cuando lo llevaban de la casa de Abinadab, que estaba en el collado, con el arca de Dios, Ahío iba delante del arca; y David y toda la casa de Israel danzaban delante de Jehová con toda clase de instrumentos de madera de haya, con arpas, salterios, panderos, flautas y címbalos.

Cuando llegaron a la era de Nacón, Uza extendió su mano al arca de Dios y la sostuvo, porque los bueyes tropezaban. Y el furor... el furor de Jehová se encendió contra Uza, y lo hirió allí Dios por aquella temeridad, y cayó allí muerto junto al arca de Dios. Miren, cuando yo acababa de ser... de volverme cristiano, decía: «pero él quería ayudar, ¿por qué le pasó eso?», pensaba yo. Ahora entendí algo. Miren, pues, el arca va en los hombros; y cuando el arca se pone sobre nosotros, somos como un buey que lleva un yugo y solo caminamos donde él quiere. Y nuestro amo tiene el control; y nosotros solo vamos siendo como sus siervos, trabajando por el arca. Ahora miren, los bueyes empezaron a tropezar. Le voy a poner el ejemplo de Abraham: ¿alguna vez Dios le mencionó algo, le dijo algo, algo está escrito y usted no está viendo el cumplimiento de eso en su vida? Y empieza a imaginar como que los bueyes tropiezan, como que el arca empieza a moverse, como que el gobierno no está estable.

Obviamente esto con nuestra mente carnal, porque el gobierno de Dios es inamovible y lo que él dijo él lo hará. Pero nuestra mente a veces pensamos: «Dios dijo algo y no lo está cumpliendo; ¿será que eso va a pasar? ¿Será que no será?», etcétera, etcétera, etcétera. Bueno, Abraham, por ejemplo, pues él... le dijeron: «Vas a tener un hijo con Sara». Y quizá empezaron a pasar los años, empezaron a sentirse más débiles, empezaron a ver a otras personas teniendo hijos con gran facilidad, que tal vez ni amaban a Dios... Usted póngale su situación. Como que los bueyes empezaban a tropezar, como que el arca está cayendo. Entonces, cuando el arca cayó, vino Uza, y ahí entra nuestro orgullo de redención, y la sostuvo. Ahora, sostener ¿sabe qué significa? Significa apoderarse de algo. Entonces vino

Abraham y dijo: «como Dios no me cumple, Dios necesita una ayuda, y voy a tener un hijo por ahí». Pero cuando el arca cayó, es nuestro instinto a decir: «Señor...» —tal es mi orgullo de redención—, «tú necesitas algún tipo de ayuda para que estas cosas pasen». Pero le quiero poner un escalón más en el inconsciente: cuando el ser humano ve una posición de poder o algo santo, lo quiere agarrar; y cuando esa es la naturaleza que tenemos, tomar el poder, tomar lo que es prohibido para nosotros, profanar... cuando iba cayendo el gobierno de Dios o cuando usted ve una oportunidad: «ahora es mi momento de agarrar eso que no me corresponde».

Ahí empiezan los robos, empiezan los adulterios, empiezan todo lo que usted sabe que no le es lícito; ahí lo empieza a tomar, porque el impulso nuestro es agarrar lo que no es propio. Entonces Uza vio que venía el gobierno y es como apoderarse, como tener un momento donde yo puedo obtener poder. No sé si me estoy explicando. Cada vez que vemos algo prohibido ahí, descuidado, nuestro impulso es extender la mano. Grabe esas dos palabras, tres palabras, porque ahorita lo vamos a ver: «extender la mano» y tomar lo que no me pertenece. Y como le digo, ahí van las mentiras, ahí van las venganzas y lo que sea; en el momento que yo tengo la oportunidad de agarrar algo que no es mío, lo voy a hacer. Esa es la naturaleza. Entonces Uza, en algún momento, pues vio el poder, vio la oportunidad, yo no sé. Para nosotros, que no crecimos en ese contexto, seguramente se oía de... o sea, todos los niños oyendo: «el arca es prohibida, nadie la puede tocar». O sea, nosotros no crecimos en ese contexto. Él lo sabía muy bien: tocar lo prohibido. Ahora nosotros tenemos esa misma naturaleza: vemos el gobierno de Dios, por así decirlo, entre comillas, como tambaleando —cosa que es totalmente mentira—, pero en nuestra mente así se percibe y mi orgullo brinca para darle una ayudadita a Dios. ¿Qué le pasó? Su fin fue muerte. Entonces, ¿quiere decir que todas esas ayudaditas que le demos a Dios nos van a pasar una factura después?

Ahora, de veras, miren, ¿por qué los bueyes tambaleaban? Cuando esos bueyes tambalean, por así decirlo, usted también póngale: si usted ve algún defecto en sus líderes, en sus pastores, vea esos bueyes tambaleando. ¿Y acaso los pastores son el Señor Jesús? ¿Acaso los líderes son el Señor Jesús? ¿Vas a dejar de asistir a la iglesia o de buscarme porque ves esos defectos en las personas, por así decirlo? Porque al final, los bueyes somos nosotros, una representación también del ser humano. Mucha gente ve un defecto en un líder y se da la vuelta y dijo: «bueno, si así son las iglesias...» —miren, al final son excusas, porque cuando alguien quiere algo, va a encontrar la manera, ¿no?—. Miren, ahorita no ponga en mente la iglesia ni nada santo, pero cuando alguien se empecina, se encapricha en algo, por más que le digan que no, va a encontrar la manera. Y peor con los pecados: le dijeron que no, pues «de que lo logro, lo logro». Si alguien de verdad quiere al Señor, no importa los obstáculos que tenga enfrente, los defectos de la iglesia... bueno, pues, entonces los cristianos en Irán, miren, en un... en un túnel, ¿verdad?, en alcantarillas buscando al Señor. Mire, el que quiere buscar al Señor lo va a hacer. Ah, gracias, Señor. A mí cuando alguien me dice: «Me voy», miren, yo le digo a mí me encanta confrontar a la gente, decir: «mira, sé sincero contigo, ¿por qué te vas? Aquí nadie va a juzgar, pero sé sincero». Pero bueno, los bueyes también tambalean.

Miren ahora con esa frase también del poder: el ser humano quiere alcanzar el poder, por el medio en el que me muevo es bien común por la psicología que yo me encuentre muchas corrientes que van en favor del humanismo de endiosar al ser humano. Ahora, hay unas frases que he leído muy frecuentes... pues tal vez no ahora, pero sí hace unos meses, que decían: «Soy el arquitecto de mi propia vida. Diseña tu propia vida, diseña lo que quieras, alcanza lo que quieras», etcétera, etcétera, etcétera. A veces puede sonar como inocente, pero ya cuando profundizamos vemos este impulso de Uza, de querer agarrar el gobierno, apropiárselo y hacer ahora lo que a mí se me da la gana. Ahora, el diablo siempre mezcla una verdad con una mentira. O podríamos decir que la verdad... la verdad la tuerce, ¿verdad?, la tergiversa, la añade. Entonces tiene algo de razón, y déjeme explicarla aquí antes de que ya me tiren las Biblias. Déjeme explicarle algo: Dios nos da la capacidad de elegir, ¿ok? Entonces, en algún momento yo sí puedo hacer elecciones que me van a conllevar buenas o malas cosas; pero todo eso sucede dentro de un marco de referencia. Entonces yo hoy me puedo levantar y decir: «quiero orar o no voy a orar». Usted manda. «Quiero leer mi Biblia o no voy a buscar al Señor». «Voy a la iglesia». «Voy a perdonar». Usted manda, usted decide ahí. O sea, usted sí tiene el poder de diseñar algo, por así decirlo; pero todo eso sucede dentro de un límite que Dios nos establece. Entonces Dios le dio a usted cierto determinado número de días y de tiempo; Dios le dio a usted un lugar donde nació, unos padres donde nació... son cosas que usted no puede diseñar, y por más que usted quiera diseñar algo que está fuera del plan de Dios, de los límites, usted no va a poder llegar a ese nivel, a ese punto. Entonces, no sé si me explico con la diferencia. Ahora, esa palabra que decía: «Uza extendió su mano», también la encontramos en Génesis cuando salieron del jardín porque habían pecado. And dijo el Señor: «pongamos querubines, pongamos una espada, no sea que extiendan su mano y tomen del árbol de vida». Miren ese impulso de querer agarrar el gobierno, lo que no nos corresponde. ¡Wow! Pues estos son los enemigos que nos dejan fuera del trono, porque vamos a estar corriendo al trono equivocado, al trono que no nos corresponde. Así que espero estar haciendo sentido con todo lo que hablamos y no hacernos bolas.

Vámonos a... sigamos un poco. Miren esto que vamos a leer ahorita: Jueces uno, veinticuatro al veintiocho. Me gusta mucho que razonemos. Miren, la palabra es una sustancia eterna. ¿Cómo poner la palabra... perdón por la redundancia, en palabras? Entonces tenemos que hacer aterrizar lo celestial, lo eterno, y aplicarlo a cosas prácticas de nuestra vida. Y mi meta es que usted salga con herramientas, con razonamientos que le van a ayudar a usted a caminar su día a día y hacer mejores elecciones; entonces, no es un trabajo sencillo, a eso voy. Bueno, miren, vamos a empezar a leer desde el veintisiete, vamos a leer hasta el treinta... treinta... vamos a ver hasta dónde... o veintiocho, hasta el veintiocho. Pero dice: «Tampoco Manasés arrojó a los de Bet-seán, ni a los de sus aldeas, ni a los de Taanac, ni a sus aldeas, ni a los de Dor y sus aldeas, ni a los habitantes de Ibleam y sus aldeas, ni a los que habitan en Meguido y en sus aldeas; y el cananeo persistía en habitar en aquella tierra. Pero cuando Israel se sintió fuerte, hizo al cananeo tributario, mas no lo arrojó. Tampoco Efraín arrojó al cananeo que habitaba en Gezer, sino que habitó el cananeo en medio de ellos en Gezer. Tampoco Zabulón arrojó a los que habitaban en Quitrón, ni a los que habitaban en

Naalol, sino que el cananeo habitó en medio de él y le fue tributario. Tampoco Aser arrojó a los que habitaban en Aco, ni a los que habitaban en Sidón, en Ahlab...».

Y así seguimos leyendo. Tampoco Neftalí... miren, nadie arrojó a ninguna tribu, arrojó a los enemigos. Ahora ellos habían pasado lo que vimos de Egipto, de las naciones a los dioses. Pero miren el versículo clave aquí es el veintiocho, cuando dice: «Cuando Israel se sintió fuerte». Ah, miren qué peligroso lo que estamos leyendo ahorita, y ahorita se los explico. Se sintió fuerte. Miren, aquí ya no dice: «Jehová es mi fortaleza, Jehová es mi salvación, mi escudo, mi pronto auxilio, mi roca fuerte, mi roca más alta que yo». Ahí no dice nada de eso; ahí dice: «Se sintió fuerte». El orgullo ya estaba operando, ¿verdad? Miren, hay un patrón bien claro en la Biblia: hay aflicción, Dios levanta un líder conforme a su corazón, un líder fiel, un líder espiritual; ese líder abre, abre camino y se lleva a muchos detrás. Mientras esa victoria está sonando, todos dicen: «amaremos al Señor hasta el final y lo serviremos, lo bendeciremos». Todos estamos como en una de las... armonías. Pero cuando ese líder se va, fallece —póngale la situación que sea—, el verdadero corazón del pueblo aflora.

Ahora, Moisés llevó al pueblo en medio de sus errores, pero los guió por un buen trecho; Josué los guió por un buen trecho. Pero cuando ya no estuvo, entonces el pueblo se sintió fuerte. Como les digo, ya no era el enemigo, ya no era... perdón, ya no era Jehová la fortaleza, sino que era nuestro enemigo interno moviéndose; y los hizo tributar. Ahora miren, cuando ya hemos hecho un trabajo y ya tenemos crecimiento espiritual, ya empezamos a batallar otro tipo de peleas y puede ser hasta con la mujer extraña; y ahí peleamos ya con el orgullo espiritual y empezamos a pensar: «wow, todo lo que sé, todo lo que hago, Dios obra milagros a través de mí, cómo puedo orar», etcétera. Pero dice que hizo tributar a los cananeos y dice que el cananeo insistió en habitar. Ahora, habitar significa contraer matrimonio. Entonces, las cosas que nosotros no expulsamos de nuestro corazón... «es cierto, yo soy más fuerte que ellos, conozco la palabra y pues yo, yo cuando yo quiera digo que no, ¿verdad? Yo tengo todo esto bajo control», entre comillas. Pero si yo insisto en habitar con un enemigo que Dios me está pidiendo tajantemente: «expúlsalo» —o sea, no hay término de negociación, solo lo único es expulsarlo—, si yo insisto en habitar con él, poco a poco se empieza a reproducir, empieza a cobrar fuerzas. Y la palabra habitar, como les digo, es unirse en matrimonio; entonces, tarde o temprano, eso que yo no quise expulsar se volvió más fuerte que yo y ahora me termina dominando.

Y los hizo tributar. ¡Miren qué delicado esto! Porque, ¿por qué no los eché de la tierra prometida? Porque yo me quiero beneficiar de eso. Entonces, cuando jugamos con el pecado, decimos: «bueno, aquí puedo sacar un poquito de provecho todavía, ¿verdad?, de este negocio, de esta persona, de esta actitud». O sea, algo me da. Si lo tengo ahí es porque algo gano, y a veces no necesariamente es algo tangible, pero sí placer y... placer y sentimientos y emociones... o sea, algo estoy ganando yo ahí, por eso no lo quiero expulsar. Pues entonces Israel dijo: «yo no lo voy a expulsar, ¿y para qué? Que trabajen por mí, que hagan lo que quiero, que me tributen, yo me puedo beneficiar». Y empezamos a jugar, a entretener lo mejor de Dios y lo mejor del mundo. Miren, ellos ya habían llegado, por así

decirlo, a la tierra prometida y estas cosas nos pueden dejar bloquear nuestro camino hacia el trono. Yo no me quiero quedar por un sentimentalismo. Al final, ¿qué tanto ganaba?

Miren, cuando nosotros tenemos algo que nos está dando algo de ganancia, por así decirlo —ganancia ilícita y pecaminosa, porque no puede haber algo más—, cuando yo tengo eso, en mi mente está que Dios no me puede dar lo que este ídolo me da. ¿Se dan cuenta del nivel de esa creencia? Qué absurda, ¿verdad?, cuando la analizamos. O sea: «yo no puedo dejar esta relación tóxica y durísima porque no creo que Dios me va a dar a alguien mejor»; «no puedo dejar este negocio porque no creo que Dios me vaya a proveer sanamente»; «no puedo dejar esto y esto y esto porque yo no creo que Dios lo pueda hacer mejor». Miren qué duro razonar, por eso me encanta aquí, platiquemos aquí, entendámonos. Pero cuando yo veo estas actitudes, digo: «wow, esto es lo que brota naturalmente de nosotros». Así que, antes de que empiece a habitar, hay que expulsarlo, no hay otra salida, eh. Sacaban provecho del pecado.

Bueno, miren quién más se sintió fuerte. Vamos a Salmo treinta, versículo seis. Salmo treinta, y vamos a leer este salmo, es de mis favoritos, pero les confieso... leamos el seis y el siete. Miren lo que está diciendo David: «En mi prosperidad dije yo: No seré jamás conmovido, porque tú, Jehová, con tu favor me afirmaste como monte fuerte. Escondiste tu rostro, fui turbado».

Hay unas versiones que tienen ahí un pero, pero añadámosle nosotros. Pero escondiste tu rostro y fui turbado, y esa palabra turbado ahí son como temores internos. Entonces no necesariamente estaba pasando algo afuera. ¿Seguro? Sí, pero lo que está haciendo referencia es que adentro, cuando el Señor quita su roca, otra vez nos sentimos desnudos y desprotegidos. And David decía: «yo fui afirmado como un monte, mi gobierno es fuerte, mi reino es fuerte, mis soldados son fuertes»; pero basta que el Señor esconda su rostro un segundo... ¿por qué lo relacioné con el de Jueces? Porque dice: «me sentí», ¿verdad?, en mi prosperidad, él se sentía. Mire, usted no sienta nada, ¿de verdad? Usted... los sentimientos: el tropiezo más gigante que podemos tener. Los tropiezos... miren, los sentimientos hay que dejarlos fluir y explíquelos, entiéndalos, pero no son la guía por la cual usted va a actuar. Dios puso los sentimientos de una manera sana y eso nos ayuda a acercarnos a nuestro prójimo, a alabar a Dios con eso; pero en el momento que se vuelva el timón que dirige mi vida, ahí es donde está el tropiezo. Un sentimiento no puede dictaminar su vida. Le cuesta más a las mujeres... tiene un aquí un... miren, yo tuve una prédica preciosa del ministerio de la mujer, algún día la vamos a dar, pero ahí estuvo la caída de la mujer en los sentimientos y el hombre fue otra verdad, que esa la hablamos otro día también. Pero bueno, entonces David se sintió fuerte, eh... pero miren qué pasa con esos enemigos, ustedes, que nos obstaculizan el trono. Vámonos a Josué. Josué, y vámonos al capítulo veintitrés. Josué veintitrés, doce y trece.

Aquí les dio la advertencia antes de hacerlos tributarios. Dios les da la advertencia y dice: «Porque si os apartareis, y os uniereis a lo que resta de estas naciones que han quedado con vosotros, y si concertareis con ellas matrimonios, mezclándoos con ellas, y ellas con

vosotros, sabed que Jehová vuestro Dios no arrojará más a estas naciones delante de vosotros, sino que os serán por lazo, por tropiezo, por azote para vuestros costados, y por espinas para vuestros ojos, hasta que perezcáis de esta buena tierra que Jehová vuestro Dios os ha dado». Entonces vamos a hacer un dibujo aquí: todo lo que ellos no expulsaron se volvió fuerte después y se convirtió en su dueño al final, en su amo, ¿verdad?

Bueno, entonces aquí tenemos... digamos que aquí estamos en... estamos nosotros en el trono, por así decirlo, en el Lugar Santísimo. Y aquí vamos a tener la prueba de eliminar un enemigo. Ahí vamos a borrar... aquí está. Entonces aquí tenemos a un enemigo. Ahora, Dios funciona en base a tiempos; y usted, cuando Dios le pide algo, usted... usted tiene un tiempo para realizar esa tarea. Yo he visto: Dios me pide algo y lo oro y me tardo, y después a veces lo hago rápido, a veces no tanto, pero yo veo como que hay un tiempo. Ahora, cuando ese tiempo pasa, primero habremos perdido una oportunidad valiosa para haberlo hecho rápido; pero segundo, lo que está del enemigo empieza a cobrar fuerza. Todo esto es como un círculo.

Entonces, cuando Dios le pide una decisión, voy a ir dibujando aquí: aquí Dios le pidió la decisión, tiene el poder de eliminar al enemigo. Pero si ese tiempo pasa, esto se empieza a fortalecer y el enemigo ahora pasa a estar en el trono. Lo que usted no entregó... obviamente aquí hay pasos, ¿verdad?, porque acuérdesse que Dios dice: «comprueben cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta». Si actuamos rápido, caemos en una perfecta voluntad de Dios, donde las cosas fluyen, donde todo es maravilloso, lindo, y Dios nos está... vamos en su tiempo, así como Enoc que caminó a la par de Dios. Pero si no, pues caemos en una voluntad agradable: «okay, que bueno, ya me... o sea, yo entendí a la primera, pues yo voy a la primera, ya hice caso, etcétera», y ya no es la perfecta voluntad. Al final, Dios nos puede llevar al mismo lugar en donde estemos, pero lo que les quiero decir es de que unos van a correr más rápido y otros no, en la medida que hagan sus elecciones y después vamos a quedar a la buena voluntad. Miren, ahí ya nos pasó el tren de ida y de vuelta, sufrimos, y al final dije: «bueno, Señor, así era, había necesidad». Pues no sé, el Señor nos responderá. Pero lo que le quiero decir es de que hay un reloj y cuando Dios nos pide algo, usted está arriba, ahí en la capacidad de decidir; pero si usted no decide, cuando yo no decido, alguien más entonces decide y toma el control. Y si yo no decido, en todo el... le estoy entregando el control a mi enemigo para que él decida, y entonces ahora yo estoy a la merced de mis enemigos. Todo esto no fue rápido, es un periodo de tiempo. Sepa: cada vez que cuando Dios le está pidiendo algo, o lo entrega, o eso se multiplica y se vuelve más fuerte, y luego va a dar la vuelta en el reloj, por así decirlo, y va a tomar control de lo que usted no quería que tomara control. Así que jugar con fuego no se puede, usted.

Bueno, vamos a tener que sacrificar unos aquí, pero vamos a irnos a Primera de Samuel quince. Bueno, ahí Samuel... vamos al quince y nos vamos al trece también. Las elecciones de Saúl... ah bueno, leamos, leamos el trece. Mejor vamos al trece primero, y leamos ahora Primera de Samuel trece, versículo trece; también trece trece. Recuerde, una lección para afirmarnos en el trono con el Señor Jesús. Y dice: «Entonces Samuel dijo...» —aquí, pues, está dándose, justificándose por qué ofreció holocausto, por qué no esperó a Samuel, etcétera—,

«Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Mas ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó».

Miren, pues, usted quiere llegar al trono, ¿verdad? Entonces, cuando Dios le pide algo, aquí dice: «si hubieras actuado correctamente, tu reino hubiera sido establecido». Ahora, cuando nosotros hacemos elecciones correctas, somos establecidos en la posición que Dios nos quiere tener. Nos sirve mucho pensar con este cuadro grande, porque nos ayuda a pensar prudentemente y con futuro. Cuando le venga la siguiente tentación, o prueba, o lo que usted quiera, piense rápido: «si ahorita no lo mato, igual va a crecer y algún día me va a matar a mí». O sea, o mato yo, o me mata él; alguien va a matar. Y segundo: si ahorita no hago esta lección, después el trono se me es quitado. Ahora, ese trono... no estoy hablando como Lucifer que dijo: «subiré al trono», estoy hablando a la par del Señor Jesús, a su estatura madura y perfecta con el carácter del Señor; a eso me estoy refiriendo. Cuando venga la tentación, saque este cuadro grande, diga: «bueno, ¿qué sigue?». O sea, el precio se va a pagar como yo les digo: o lo pago ahorita haciendo la elección correcta, o lo pago después; pero de que lo pago, lo pago.

Bueno, y vamos a ir con unos más. Vamos a Éxodo... Éxodo veinticuatro. Bueno, hoy estamos aprendiendo todo lo que nos deja fuera del trono, y vamos a ver aquí otra, y miremos a alguien... bueno, eso está maravilloso también; esto fue lo que más me disfruté mientras hacía la prédica. Pero vamos a Éxodo veinticuatro, uno: «Dijo Jehová a Moisés: Sube...». Ok, grabe esa palabra: Jehová, el Dios del universo, le está pidiendo a alguien que suba, lo está invitando al trono. «...sube ante Jehová tú, y Aarón, Nadab, y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y os inclinaréis desde lejos. Pero Moisés solo se acercará a Jehová; y ellos no se acerquen, ni suba el pueblo con él».

Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová y todas las leyes; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo... como les digo, hay un líder espiritual fuerte, entonces el pueblo dice amén a todo: «Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho». Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová, y levantándose de mañana, edificó un altar al pie del monte, y doce columnas según las doce tribus de Israel. Y envió jóvenes de los hijos de Israel, los cuales ofrecieron holocaustos; aquí vemos el Atrio, ¿verdad? Empezó a hacer ofrendas... y sacrificaron becerros como sacrificios de paz a Jehová. Y Moisés tomó la mitad de la sangre, y la puso en tazones, y esparció la otra mitad de la sangre sobre el altar. Y tomó el libro... tomó la palabra, vamos al lugar santo... y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: «Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos». Entonces Moisés tomó la sangre... la sangre, la que nos va abriendo camino en cada etapa, ¿verdad? ...y roció sobre el pueblo, y dijo: «He aquí la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas».

Ahora sí, subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron. Bueno, entonces vemos cómo se abre todo el... el tabernáculo, por así decirlo. Pero vamos a la palabra «sube». Miren, la palabra «sube» ahí significa dos cosas. Primero, quiero... bueno, muchas cosas, pero me voy a enfocar en dos cosas: primero, quiero hacerle una pregunta: ¿usted alguna vez ha estado en su cama o en algún lugar dándole vueltas a un problema o una situación, rumiando? Bueno, si la respuesta es afirmativa, pues felicítele y dele gracias a Dios, porque usted tiene la capacidad entonces de rumiar la palabra. Ahora, la palabra «subir» significa rumiar. ¿Usted quiere saber, pero cómo subo al trono? Pues empieza a rumiar la palabra. Cada vez que usted está rumiando, está abriéndose un escalón, y por eso hay tanto ataque en la mente, porque en el momento que usted empieza a rumiar, miren, los mundos se abren, la palabra se abre y, miren, uno agarra una adicción, porque usted sabe que ese pensamiento también negativo es adictivo y uno no puede dejar de pensar ahí. Y después uno ya no quiere y a lo mejor un poquito, ¿verdad?, para darle vuelta un poquito más. Bueno, entonces usted tiene la capacidad de rumiar la palabra; para subir hay que rumiar.

Y segundo, también está conectada esta palabra con el holocausto, que era una columna de humo que subía. Y me impresiona aquí, porque primero hizo las ofrendas y el sacrificio y luego se fue a la ley y el holocausto. Eran acciones de gracias; entonces, la gratitud sí que nos lleva al trono. Y ahora nos vamos a ir con los jebuseos; pero antes de que le dijo: «Sube», Moisés dijo: «tengo que subir entonces, ¿verdad?» y ahí está el principio: rumiar, agradecer. Y eso nos empieza a llevar como una columna de humo subiendo a las narices del Padre. Ahora, si usted quiere subir, pues son principios básicos y aplicables que usted puede hacer desde hoy, mañana y todos los días. Pero rumiar significa... eh, subir significa rumiar. Ahora, lo que me impresiona aquí es que Dios lo está invitando. ¿Usted cómo se siente cuando le rechazan una invitación a algo muy importante para usted y no llegan? ¿Cómo se siente? Bueno, el Dios del universo nos está invitando. Este versículo lo tenía de la semana pasada: el pastor sacó el zafiro y ya me quedó bastante claro el plan maestro de Dios cómo Dios nos lo revela. Pero miren, en la medida que uno empieza a subir al trono, a uno se le empieza a abrir... el propósito de la vida. Si usted hoy no encuentra un propósito, no entiende cómo caminar en el Señor, no sabe... pues mire, pensar en la palabra, eso es fácil. Agarre un versículo de lo más sencillo y empieza a darle vueltas. Agradecer... no hay nada que explicar. Miren, aunque sea entre dientes, enojado, agradezca; porque así lo he hecho yo. Y cuando sienten, la gratitud empieza a salir de manera espontánea y de manera natural; ahí no hay nada, nada, nada difícil de comprender. En la medida en que empieza a hacer eso otra vez, los engranajes se empiezan a activar para subirlo al trono y ya usted va a poder ver de manera más clara el final donde Dios lo quiere.

Vamos a ver un par de versículos más y vamos a ir terminando. Vámonos a Segunda de Reyes trece, catorce al diecinueve. Bueno, estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió, y descendió a él Joás, rey de Israel, y llorando delante de él, dijo: «¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!». Y le dijo Eliseo: «Toma un arco y unas saetas».

Tomó él, entonces, un arco y unas saetas. Y luego dijo Eliseo al rey de Israel: «Pon tu mano sobre el arco». Y puso él su mano sobre el arco. Entonces puso Eliseo sus manos sobre las manos del rey, y dijo: «Abre la ventana que da al oriente». Y cuando él abrió, dijo Eliseo: «¡Tira!». Y tirando él, dijo Eliseo: «Saeta de salvación de Jehová, y saeta de salvación contra Siria; porque herirás a los sirios en Afec hasta consumirlos».

Y le volvió a decir: «Toma las saetas». Y luego que el rey de Israel las hubo tomado, le dijo: «Golpea la tierra». Y él la golpeó tres veces, y se detuvo. Entonces el varón de Dios, enojado contra él, le dijo: «Al dar cinco o seis golpes, hubieras derrotado a Siria hasta no quedar ninguno; pero ahora, solo tres veces derrotarás a Siria». Bueno, miren, con este versículo yo meditaba: qué fácil ver al rey, ¿verdad? ¿Cómo se lo imaginan ustedes? Agarró las saetas, le dio sin ganas, con incredulidad, con escepticismo: «¿será que pegándole al piso va a morir el rey? ¿Va a destruirse ese reinado?». Lo hizo con mucha incredulidad. Si él lo hubiera hecho creyendo la palabra, hubiera destruido al reino. Pero bueno, apliquémosla a nosotros: el Señor ya le dijo a usted que la victoria está dada. ¿Y cómo nos hemos enfrentado a algunos enemigos que parecen más grandes que nosotros y que nunca los vamos a vencer? Yo en un momento llegué a pensar: «bueno, Señor, posiblemente yo muera y nunca logre vencer esto» —lo dije una vez—, pero «aunque así sea, voy a estar a tus pies», le dije. Y bueno, cuando tiene un enemigo, entonces tenemos la actitud de ese rey, ¿verdad? Imagínese ahora usted en esa posición, golpeando suavemente, con incredulidad, cuando nos enfrentamos al Leviatán, cuando nos enfrentamos con las peleas del inconsciente, o simplemente decimos: «Señor, tú dijiste que la victoria está dada; tú dijiste que la sangre ya nos abrió un camino». Esa es la actitud con la cual oramos, creyendo que ya somos vencedores por su sangre, al que nos amó, al que nos limpió, al que nos lavó con su sangre, como dice Apocalipsis. Pues este rey no tuvo esa actitud; pero nosotros sí tenemos que tener esa actitud. ¿Quiere subir al trono? Mire, el camino al trono ya está abierto. ¿Cuántas veces han oído: «¡ah, no! Es que al pastor Dios le habla; a ellos Dios les habla, a mí no»? Miren, agarre esas flechas y péguale al piso y olvídense de todo lo que su mente carnal está diciendo, porque no va a llegar lejos. Gracias, Señor. No va a llegar lejos oyendo a sus enemigos, pero sí va a llegar lejos aquí... el profeta, pues, es... es símbolo de la palabra viva, ¿verdad?, una... una figura. Entonces agarre su Biblia: lo que está aquí, esto es lo que esto dice de usted, esto es lo que la palabra hace, aquí está escrito para usted, eso es, no es lo que su mente le está diciendo. Gracias, Señor. Gracias, gracias, Jesús.

Bueno, vamos a terminar con esta de David. Y vamos a Segunda de Samuel... Segunda de Samuel cinco, seis. Vamos a leer Segunda de Samuel, capítulo cinco del seis al ocho. Hoy, esta no es... apunté otra vez lo mismo, pero es la de los... tiene que ser Reyes. No sé por qué apunté la misma de Uza... es cuando toman los jebuseos... a los jebuseos, si es eso. Bueno, entonces versículo seis... ah, yo estaba equivocado... eh, bueno, entonces sí es cinco, sí, sí. Bueno, vamos a leer del seis, dice: «Entonces marchó el rey con sus hombres a Jerusalén contra los jebuseos que moraban en aquella tierra, los cuales hablaron a David diciendo: Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos te echarán; queriendo decir: David no puede entrar acá. Pero David tomó la fortaleza de Sion, la cual es la ciudad de David. Y dijo David

aquel día: Todo el que hiera a los jebuseos, suba por el canal y hiera a los cojos y ciegos aborrecidos del alma de David. Por esto se dijo: Ciego ni cojo no entrará en la casa».

Miren, pongamos en contexto: esta ciudad fue la última gran victoria que tuvo David. De ahí todavía venció a filisteos, moabitas, si no estoy mal; pero todas las naciones habían sido derrotadas, solo quedaban los jebuseos, estaban en Jerusalén. Habían existido dos intentos previos fallidos de la toma: una en Josué, donde falló Judá, y después en Jueces se narra una de Benjamín; habían fallado. Tardaron de doscientos a trescientos o posiblemente más, según historiadores, en tomar Jerusalén. Era el trono, era lo más difícil. Luego de la victoria, ahí llegó el arca, ahí se estableció el templo de Salomón; era como la batalla más épica y gloriosa que iba a vivir David. Bueno, pues, no la podían tomar. Y me costó entenderlo porque dice: «suba por el canal». Pero investigando un poco, la palabra ahí es *tsinnor*, y lo que había es que esta ciudad de los jebuseos tenía un canal de agua, y luego daba un canal y por ahí sacaban un túnel que daba a un canal. Entonces la forma como se cree que entraron, y por lo que leemos ahí, es que entraron por debajo; entraron por debajo al lugar donde está el trono. ¿Y qué les habla eso? Llega un momento donde somos los más débiles, los más pobres delante de Dios, y la única forma de encontrar el trono... ya vencimos muchas batallas, pero Dios nos está poniendo delante del trono. La única forma es pasar por debajo, humillados, sabiendo que el Señor es el que va a pelear la batalla. Después de eso, David llevó el arca a ese lugar, pues era la última batalla. Y «jebuseo» significa pisotear, despreciar; pero está muy relacionado a lo santo, porque profanan. Ahí está como lo más duro de nosotros es esa ingratitud por lo santo. Pero en el momento que llegamos a tener la gratitud por su palabra, por su nombre, y logramos vencer a sus enemigos... la única forma es humillados, arrastrados. Y miren, si usted se siente miserable, pues siéntase miserable, pero agarrándose al Señor Jesús, teniendo la fuente de riqueza y de vida a la par; sígase sintiéndose así, pero diciendo: «Señor, tú eres mi fortaleza, mi gloria, mi riqueza». Gracias, Señor. Así que, vamos a darle la gloria al Señor y vamos a darle la gloria por su palabra. Gracias, Jesús. Así que oremos. Gracias, Señor. Bendito es tu nombre. Gracias por mostrarnos, Señor, enemigos que aparecen en nuestra jornada hacia el trono.

Señor, queremos vencer esa incredulidad, ese escepticismo, esa ingratitud; queremos vencer lo que sea y queremos preguntarnos hoy: «Señor, ¿quiero llegar al trono? ¿Estoy haciendo lo que necesito para llegar al trono?». Señor, ya me diste mucho, me diste tu palabra, tu espíritu, la salvación, pero Tú pagaste por todo y no queremos rechazar una invitación. Así como Moisés, tú nos estás diciendo: «ven, sube»; así como a Juan en Apocalipsis: «sube acá», nosotros queremos subir, Señor. Si yo oigo de ti que me dice «sube», entonces yo quiero subir. Tú, Señor, estás llorando, intercediendo para que yo llegue al trono; Tú me quieres a la par tuya, incluso si yo no quiero, pon el deseo, pon el querer. Entonces, Señor, yo quiero ser sincero y decirte: «Señor, no estoy caminando como quiero, no estoy orando lo que debería estar orando, no estoy... estoy buscando con el corazón como te debería estar buscando, Señor». Ayúdanos a tener esos enemigos enfrente y asestarles un golpe sin titubear, porque no queremos casarnos con la persona equivocada, no queremos casarnos con la naturaleza y las mezclas equivocadas. Señor, somos un buey, somos bueyes; pon tu yugo, tu arca sobre nosotros. Traigamos el arca a Jerusalén, traigamos el arca al corazón, al trono, el centro de

todo el universo; nos invitas al centro de todo el universo, me invitas al lugar privilegiado, al seno del Padre. Ahí me quieres, Señor, quiero querer, quiero querer, quiero un deseo incesante, un capricho, una necedad santificada para entonces llegar a donde tú estás. Gracias, Señor. Bendigo tu nombre, Padre. Gracias, Señor. Gracias, Jesús.

-Pastor Carlos Stahl

Démosle toda la gloria al Señor. Gracias, Señor. Gracias, gracias, gracias, Padre bendito, Padre. Gracias, Jesús. Amén, amén, amén, amén. Déjenme decirles algo: esto es real. La razón por la que no lo vemos con nuestros ojos físicos es porque estamos habitando un cuerpo mortal en este momento; pero nuestro espíritu y nuestra alma ve con total claridad estas cosas. Si tan solo buscamos a Dios en oración y en su palabra —no solo leerla: meditarla, rumiarla—, es allí donde estas cosas empiezan a cobrar sentido y empiezan a convertirse en lo que son: algo vivo. Me están escuchando, pero me están escuchando no con las orejas: con el alma, con el espíritu. Miren, hasta la fecha: «¿Y cuánto tiempo estás orando hoy?»; «pues fíjate que yo no he estado orando». «¿Y cuánto tiempo estás leyendo?»; «fíjate que llevo ratos de no leerla». Me explico, entonces... ¿Y cómo estuvo el mensaje del domingo? «Bonito, pero no entendí gran cosa». ¿Saben dónde se entienden estas cosas? En el cuarto de oración. ¿En el cuarto de oración?, hermanos, estoy hablando en serio: Jesús viene pronto y el camino al trono está abierto, la invitación ha sido dada, Él nos está convidando a nosotros. Amén, amén. Así es que todo empieza buscando al Señor con todo el corazón en lo privado, en lo secreto; y allí, rumiando toda esta verdad que escuchamos hoy, que escuchamos todo el tiempo. Desde el lugar salen inundaciones de palabra, hermanos; decir menos sería mentir tratando de impresionar a alguien, y no vamos a empezar a impresionar a nadie. Amén, amén. Una de las mejores enseñanzas que hay en el planeta Tierra sale de este lugar, lo digo en serio; con sabiduría, inteligencia, conocimiento, prudencia y temor de Dios. En otras palabras, en algún lado nos están dando las herramientas para llegar al trono; es en este lugar, no hay muchos otros lugares en donde les estarán dando las herramientas, pero yo no los conozco, pero sí conozco lo que sale de este lugar. ¿Qué vamos a hacer con esas herramientas? ¿Qué estamos haciendo con esas herramientas? Llevémoslas al cuarto de oración. Tengamos un tiempo privado continuo, constante con Dios; allí es donde cobra vida todo esto. Amén. Escuchemos esta enseñanza y todas las enseñanzas una y otra y otra vez, y rumiémoslas y entendamos. Amén, con el corazón, con la mente, con el alma, con el espíritu. Amén. La invitación que Dios nos está haciendo y lo privilegiados que somos. Sí, amén. Démosle gracias a Dios por eso. ¡Aleluya! Gracias a Dios por su palabra. El camino al trono está abierto y la invitación ha sido dada. Amén, amén. Hay que pagar un precio para llegar al trono, pero es un precio temporal. Las aflicciones del tiempo presente no son dignas de compararse con la gloria que... con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Pero si no pagamos ese precio temporal aquí y ahora, estaremos pagando un precio eterno. Amén. La elección es nuestra. Amén. Gracias a Dios. Gracias al Señor.

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana

GUATEMALA